

10001

PSICOLOGIA DE LA AGONIA

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
MAESTRA EN PSICOLOGIA, PRESENTA

JUDIT HUESCA Y MEJIA

M E X I C O , D . F . - 1 9 4 8



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mi madre la señora doña
Magdalena Mejía Vda. de Huesca*

*A todos aquellos a quienes debo mi
cariño y mi gratitud.*

PALABRAS PRELIMINARES

Ante el panorama que nos ofrecen las ciencias surge prepotente la Psicología, para dar explicación a todos los fenómenos que acontecen en el decurso vital, y con este afán circulan obras psicológicas de la más variada especie: desde el pequeño folleto hasta las obras tradicionales en las que descansa la auténtica Psicología.

En esta gama libresca poco encontramos sobre la agonía y sobre esta débil base informativa, más la experiencia personal, se elabora el siguiente trabajo.

*Se trata de una exposición breve pero real de los **includibles** fenómenos vitales como son el nacimiento, el desarrollo, la generación y la senilidad, tal como acontece desde la simple célula hasta el enigmático organismo del hombre.*

*Se considera posteriormente la muerte como **fenómeno natural** y las teorías de algunos autores a este respecto. El aspecto somático de la muerte que se presenta como un aniquilamiento lento pero gradual de las fuerzas que integran nuestro organismo, como un perder sensaciones, un alejamiento fatal entre la sístole y la diástole cardiacas hasta llegar al paro total del corazón.*

Consecuentemente se exponen las características del momento que antecede a la muerte, y que se denomina "agonía" por presentar lucha o combate, entre las fuerzas vitales y las disolventes que concluyen con el triunfo de éstas.

La angustia como fenómeno psicológico de la agonía, parece ser el factor más importante, por lo que se aclarará a su debido tiempo. También se tratará de dar la explicación posible a todos los fenómenos que intervienen en la agonía.

¿Qué significación ha tenido la muerte? ¿Qué valor le han atribuido algunos pueblos? ¿Cómo este sentimiento ha quedado plasmado no sólo en la filosofía y en la literatura, sino en algunas otras manifestaciones culturales como la música y la pintura y su gran influencia en las costumbres, algunas de las cuales podemos observar en nuestros días?

La muerte ha sido un motivo de preocupación constante desde la antigüedad, donde encontramos el sentido del más allá de Sócrates transmitido por Platón en su "Apología" y en la que Sócrates exclama: "No me duelo, ni me lamento por tener que dejar esta vida, pues creo que también en la otra hallaré buenos amos y amigos".

La certeza de un más allá, hace que él, pudiendo huir de la muerte a que estaba sentenciado, prefiera tomar la cicuta para sellar así, en forma rotunda la verdad de sus ideas.

Y desde entonces hasta nuestros días atravesando rápidamente todas las épocas, encontramos la influencia que el sentido de la muerte ha dejado en todas las manifestaciones culturales: en la Edad Media, en la que el Cristianismo alcanzó todo su esplendor y su influencia sobre esta misma idea; en el Renacimiento la poesía, la arquitectura, la pintura, y en general en toda expresión cultural, se ve claramente el cambio que sufre el sentido de la muerte según las diferentes épocas en que se le considere.

La muerte que ha constituido para el hombre una especie de "tabú" y en torno de ella han surgido múltiples explicaciones, pretendiendo aclarar lo que parece misterio. El hombre parece haberse dedicado única y exclusivamente a la muerte, olvidando casi por completo su antecedente la "agonía" que constituye una verdadera fuente psicológica de la que emanan datos certeros que habrán de guiarnos a través de sus múltiples recovecos para arrojar un poco de luz sobre este inexplorado fenómeno.

CAPITULO PRIMERO

FUNDAMENTOS BIOLOGICOS DE LA MUERTE Y EL PROCESO DE LA AGONIA

PRIMERA PARTE

A).—*¿Qué es el nacimiento?*

Antes de abordar en forma definitiva el problema del nacimiento, examinemos la situación del pequeño ser, dentro del claustro materno.

En el seno materno, el ser vive dependiendo absolutamente de la madre; el líquido amniótico lo envuelve protegiéndolo de cualquier estímulo externo, el medio es precisamente el adecuado para que el ser permanezca intacto. Experimentos efectuados recientemente, comprueban que el pequeño ser, es capaz de recibir sensaciones del mundo exterior, pero siempre lo hace a través de la madre.

Nacimiento viene, del latín "nascere", que quiere decir, "sacar a la luz".

En cuanto el ser deja el claustro materno, tiene conciencia; cuando el aire penetra en los alveolos pulmonares en la primera inspiración, el primer grito del niño ha iniciado la conciencia y a partir de entonces, el pequeño tratará de adaptarse, lenta pero gradualmente y dentro de sus posibilidades al medio ambiente que le rodea. Los observadores del pequeño lo ven todo, y poco a poco trata de conocer.

La conciencia surge con el nacimiento, cuando el sujeto comienza a vivir una vida integral independientemente de la madre; las sensaciones: frío, calor, etc., son propias; su conciencia comienza a funcionar ante todo estímulo de la vida y cada vez en forma más precisa a medida que las fibras nerviosas de la corteza cerebral se van cubriendo de mielina.

El nacimiento debe ser considerado como el momento a partir del cual y desvinculado totalmente de la madre, el niño comienza a realizar actos propios, motivados por los diferentes estímulos que el medio le ofrece.

El momento del nacimiento no es otra cosa que un "compadecer" porque el niño viene a padecer con los semejantes. El grito producido en la primera inspiración, parece un grito de protesta ante el futuro, ante lo que vendrá; toda esa relativa vida cómoda en la que el niño se encontraba plácidamente, surge ahora como un acervo de dificultades y molestias que tendrán que irse sorteando en el largo trayecto de la vida.

Le atañean el hambre, el frío, el calor, etc.; todo el bienestar anterior al nacimiento se ha trocado, y el mundo le ofrenda como don supremo el dolor, para que él trate siempre de vencerlo a través de un esfuerzo continuado.

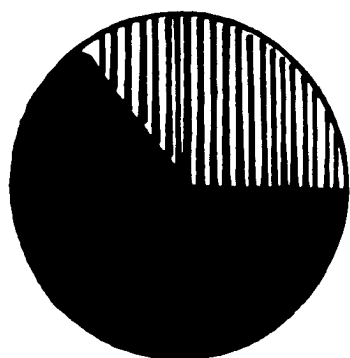
La vida se le presenta como una llanura en la que irán surgiendo obstáculos que habrá de vencer con su esfuerzo, obstáculos que emergen de súbito; dificultades que el sujeto tendrá que allanar en el largo trayecto de la vida y que concluirán con la angustia de la muerte.

B.—*El crecimiento.*

El organismo siguiendo las leyes de la naturaleza: nace, crece y se desarrolla en forma armónica, aun cuando a lo largo del trayecto vital se presenten "fenómenos bruscos" que habrán de producir crisis.

Hagamos un análisis del desarrollo integral del niño, es decir, considerándolo física y psicológicamente:

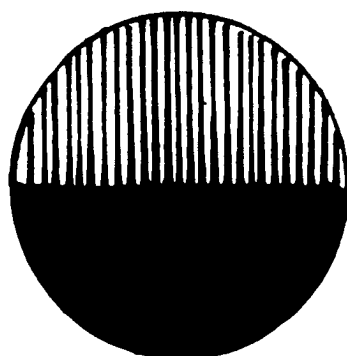
El niño vive en un mundo sensorial, (la base más inferior de lo psicológico). Pasa durante el primer año de vida, durmiendo la mayor parte del tiempo.



Edad 0.3



Sueño



Edad 1.0



Varios

La actividad motriz se desarrolla paralelamente a la memoria; el niño trata de imitar a través de la construcción.

El animismo es característico de la infancia; los niños le atribuyen a todas las cosas, alma.

La imaginación en un principio es representativa, después tórnase creadora; (el niño construye).

Enseguida viene una etapa de plena sociabilidad, en la que los juegos son colectivos y el trabajo escolar ya se toma en serio. Viene una etapa de coleccionismo en que los niños coleccionan diversos objetos (corcholatas, cajas de cerillos, estampillas de correo etc.). Se tornan idealistas, abandonando así un poco el realismo y gustan de la soledad.

El desarrollo antes mencionado se efectúa tanto en niños como en niñas. No hemos precisado etapas cronológicas fijas, porque nos parece anticientífico hacerlo, ya que

en la vida toda del sujeto, pueden, si no repetirse, tener algunos rasgos semejantes a los de la infancia, además de que no se presentan siempre en determinada etapa cronológica, sino que hay variaciones.

A partir de aquí, las niñas presentan ya características propias, puesto que no coleccionan igual que los niños y sí poseen más sistema y método.

Viene la época de holganza en la que juega un papel definitivo el medio ambiente familiar, (conducta de la familia). Se ha iniciado la adolescencia con su antecedente: la pubertad.

Nos encontramos frente a la etapa, en la que una crisis psicológica originada por los trastornos fisiológicos (que más que éstos, podríamos denominarlos como "desarrollo"), hacen que el sujeto se debata en una especie de angustia y esperanza, de tristeza y alegría, hasta que alcance una plena madurez, es decir, hasta que llegue a la juventud.

Mientras el niño vive confundido con el mundo, el adolescente se desvincula de él, rompe el cordón umbilical que lo ataba al mundo y surge a la vida interna propia, en la que el nacimiento del "yo" es el factor principal que motiva toda una serie de reflexiones que lo habrán de llevar a través de esta etapa hasta que se supere fisiológicamente, (porque desde un punto de vista psicológico encontramos adultos que se comportan como adolescentes).

El despertar afectivo vuelve a interesar al sujeto por el trabajo intelectual.

La adolescencia se ha considerado siempre como una etapa crítica por las características psicológicas que se encuentran en ella. Tendencias antitéticas agitan el alma adolescente, una angustia producida por el desconocimiento de lo que acontece en su cuerpo, angustia producida por la duda vinculada íntimamente a una alegría inexplicable es la angustia, un querer ser y un querer no ser, un deseo de vivir y un deseo de morir, un deseo de triunfar y un deseo de aniquilamiento, y en toda esta gama psicológica, la educación es definitiva. El medio ambiente familiar y la incomprensión que inevitablemente arroja la familia sobre el adolescente, hacen que éste busque los ami-

gos íntimos, (adolescentes también), que sabrán sin duda comprenderlo perfectamente. La vida del adolescente es riquísima, de aquí surge la necesidad de escribir diarios, de buscar amistades íntimas, en las que se pueda confiar plenamente.

Nace en su alma, una angustia que es ocasionada por lo que se desconoce, por la duda, por la ignorancia en el despertar de la sexualidad. Otro factor que ocasiona la angustia es el descubrimiento del "yo", la necesidad de trazarse una meta en la vida y de elaborar un plan para ella. El adolescente sufre porque no se puede explicar lo que acontece en sí mismo y en su derredor, porque ignora el sentido íntimo de las cosas; queda como "suspendido" frente a la vida y surgen las inquietantes preguntas: ¿Qué soy? ¿Para qué sirvo? ¿Qué puedo hacer?; todo lo cual conduce al sujeto a un "*irse fuera*", (un salirse de los usos y costumbres); las etiquetas sociales le molestan, el lenguaje y las costumbres son cosas que lo encierran y él busca libertad, surgiendo la crisis que lo lleva a pensar en una reforma social.

Paralelamente a la angustia, aparece la ambición, que es contradictoria a ella. Surge la idea de superarse, de hacer algo en la vida; se elabora un plan, se traza una meta en la que la imaginación ha puesto un gran porcentaje. Se piensa en ser el dirigente de un grupo, en ser el centro de atracción, destacar en la vida, ocupar puestos importantes, etc.

En el adolescente existe una anarquía de tendencias: el adolescente quiere, pero no sabe lo que desea; ha perdido el respeto a la autoridad, siente que los demás, especialmente los mayores, no lo comprenden y en la intimidad siente una especie de placer morboso por esta incompreensión con la que al mismo tiempo sufre pero se siente feliz.

La commiseración irónica que el adulto arroja sobre él, hacen nacer en el sujeto una rebeldía constante contra todo lo que venga de los mayores, especialmente de la familia; se siente mejor fuera de su casa, "los de fuera" lo comprenden mejor.

Existe también en el adolescente una inestabilidad clara; toma opiniones sin fijarse, solamente porque algunas personas las sostienen (maestros, amigos, o personas destacadas de la sociedad) a las que él ha concedido un valor especial pero con la misma facilidad que las toma las deja para cambiarlas precisamente por las opuestas, por el simple hecho de cambiar (la habilidad mental) y así va de cambio en cambio hasta que alcanza el éxito o fracaso.

Actúa en la vida con afectación, es superficial; se fija en cosas triviales a las cuales él les concede trascendencia.

Surge con fuerza la vergüenza, la vergüenza del propio cuerpo, del sexo, que antes latente no preocupaba, pero que ahora constituye una tensión constante en el sujeto.

El problema del amor puede juzgarse desde dos puntos de vista:

a) — amor sexo.

b) — amor erótico.

El primero se da cuando el adolescente encuentra en una persona solamente el atractivo físico, siendo esta atracción en ocasiones, extraordinariamente fuerte, y el adolescente ama por esta atracción, o solamente porque se cree más adulto amando.

El segundo se da cuando el adolescente se enamora en forma delicada de las cualidades morales de una persona. Con ambos tipos de amor el adolescente se siente insatisfecho. El primer amor sea de un tipo o de otro, dejará en el psiquismo del sujeto una huella imborrable en su vida.

Cuando la adolescencia ha quedado atrás, el sujeto se encuentra en un equilibrio más o menos descado entre el psiquismo y lo físico, el alma y el cuerpo, lo espiritual y lo material, nos encontramos entonces frente al adulto.

C). — *La generación.*

Antes de abordar de lleno el tema, precisa hacer una distinción entre generación y creación.

Generación supone sustancia pre-existente y Creación supone creación de sustancia primera.

La generación no es otra cosa que la continuación de la vida, la transmisión de ésta de muy diferentes modos, entre los principales y recorriendo la escala zoológica encontramos:

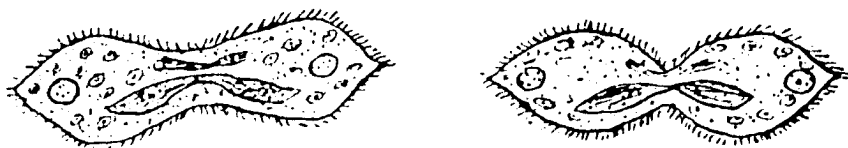
- 1).—Por simple división.
- 2).—Por esporulación.
- 3).—Sexuada
Hermafroditas
Sexos separados.

Antiguamente se creyó en la generación espontánea; se creía que de cualquier materia podía brotar la vida, sin elementos pre-existentes para ella.

Fue el genial Luis Pasteur el que luchó con esa idea tan absurda y falta de fundamento; él, que logró a través de sus experimentos, demostrar la imposibilidad de la generación espontánea y lo absurdo de esa idea ancestral.

Ahora examinemos rápidamente cada tipo de generación hasta alcanzar al hombre.

La simple división de la célula que consiste en un estiramiento de la membrana y el protoplasma para abarcar hasta el núcleo y luego dividirse totalmente, quedando dos células con capacidad de volverse a dividir en la misma forma, si se encuentran en un medio propicio para su desarrollo, esta simple división hace que las células puedan convertirse en miles. A continuación un simple esquema:



División en Paramecium.

La gemación en los protozoarios es clara porque el producto de la división, es decir, la célula hija, es más pequeña que la generadora y tarda algún tiempo en alcanzar su tamaño normal; a esta célula hija se le designa con el nombre de "Yema".

La esporulación consiste en la división simultánea del organismo en numerosos individuos denominados "Esporos"; en este caso, el progenitor desaparece y su núcleo y protoplasma se reparten por completo en las células hijas; antes de la esporulación el protozooario sufre diferentes transformaciones.

La generación se ha realizado hasta lo aquí descrito sin sexos. Entre la simple y la sexuada encontramos un eslabón que es el hermafroditismo; tanto en plantas, (*Spirogiro*) como en animales, (*Taenia*) en los que se encuentran los dos sexos. También podemos encontrar la generación alternante, es decir, una vez sexuada y otra vez asexuada, tal es el caso de los helechos, en los que la generación sexuada llámase "Gametofítica" y la asexuada, "Esporofita".

A partir de aquí, se siguen perfeccionando los sexos separadamente hasta encontrar en los animales superiores y la generación humana dos elementos: el óvulo y el espermatozoide.

La generación humana se prepara diríamos desde el nacimiento del ser, que durante la primera, segunda y parte de la tercera infancia muestra latente su sexualidad, que al iniciarse la adolescencia, surge en forma definitiva dando al individuo la capacidad reproductora.

La generación humana se efectúa a través del óvulo (elemento femenino) y del espermatozoide (elemento masculino), dando lugar a un nuevo ser que tiene características de ambos progenitores. El óvulo fecundado se transforma en huevo y permanece en el útero o matriz por un período que varía de 270 a 280 días, constando de dos fases:

- 1).—embrionaria.
- 2).—fetal.

La primera fase, empieza desde el momento de la unión del óvulo y el espermatozoide hasta el tercer mes, tiempo durante el cual se le llama "Embrión".

La fase fetal comprende desde el tercer mes hasta el nacimiento; una vez desarrollado el feto, es expulsado hacia el exterior en el momento del parto, empezando desde este instante lo que se llama "Vida Extrauterina", que comprende una serie de etapas que se pueden encuadrar en la siguiente forma:

Infancia:

Primera infancia, de 1 a 6 meses.

Segunda infancia, de 6 meses a 7 años.

Tercera infancia, de los 7 a los 12 ó 14 años, llamada también "Puericia" o "Prepubertad y Pubertad".

Adolescencia, de los 14 a los 22 años.

Juventud:

Creciente hasta los 35 años.

Confirmada de 35 a 45 o 50 años.

Edad

Adulta:

Decreciente de 45 a 50 en adelante.

Considerando el acto generador desde el punto de vista psicológico, encontramos en él un factor emocional de gran importancia, a esta emoción se le ha denominado "Emoción choque". La emoción es un todo integrado por varias fases; hay un factor orgánico que desencadena una serie de manifestaciones físicas; un factor mental consistente en la conciencia de estas manifestaciones que no son sino un desequilibrio, porque la emoción es el momento en que se rompe el equilibrio habitual del sujeto. En el acto ge-

La gemación en los protozoarios es clara porque el producto de la división, es decir, la célula hija, es más pequeña que la generadora y tarda algún tiempo en alcanzar su tamaño normal; a esta célula hija se le designa con el nombre de "Yema".

La esporulación consiste en la división simultánea del organismo en numerosos individuos denominados "Esporos"; en este caso, el progenitor desaparece y su núcleo y protoplasma se reparten por completo en las células hijas; antes de la esporulación el protozooario sufre diferentes transformaciones.

La generación se ha realizado hasta lo aquí descrito sin sexos. Entre la simple y la sexuada encontramos un eslabón que es el hermafroditismo; tanto en plantas, (*Spirogyra*) como en animales, (*Taenia*) en los que se encuentran los dos sexos. También podemos encontrar la generación alternante, es decir, una vez sexuada y otra vez asexual, tal es el caso de los helechos, en los que la generación sexual llámase "Gametofítica" y la asexual, "Esporofoita".

A partir de aquí, se siguen perfeccionando los sexos separadamente hasta encontrar en los animales superiores y la generación humana dos elementos: el óvulo y el espermatozoide.

La generación humana se prepara diríamos desde el nacimiento del ser, que durante la primera, segunda y parte de la tercera infancia muestra latente su sexualidad, que al iniciarse la adolescencia, surge en forma definitiva dando al individuo la capacidad reproductora.

La generación humana se efectúa a través del óvulo (elemento femenino) y del espermatozoide (elemento masculino), dando lugar a un nuevo ser que tiene características de ambos progenitores. El óvulo fecundado se transforma en huevo y permanece en el útero o matriz por un período que varía de 270 a 280 días, constando de dos fases:

1).—embrionaria.

2).—fetal.

A

La primera fase, empieza desde el momento de la unión del óvulo y el espermatozoide hasta el tercer mes, tiempo durante el cual se le llama "Embrión".

La fase fetal comprende desde el tercer mes hasta el nacimiento; una vez desarrollado el feto, es expulsado hacia el exterior en el momento del parto, empezando desde este instante lo que se llama "Vida Extrauterina", que comprende una serie de etapas que se pueden encuadrar en la siguiente forma:

Infancia:

Primera infancia, de 1 a 6 meses.

Segunda infancia, de 6 meses a 7 años.

Tercera infancia, de los 7 a los 12 ó 14 años, llamada también "Puericia" o "Prepubertad y Pubertad".

Adolescencia, de los 14 a los 22 años.

Juventud:

Creciente hasta los 35 años.

Confirmada de 35 a 45 o 50 años.

Edad

Adulta:

Decreciente de 45 a 50 en adelante.

Considerando el acto generador desde el punto de vista psicológico, encontramos en él un factor emocional de gran importancia, a esta emoción se le ha denominado "Emoción choque". La emoción es un todo integrado por varias fases; hay un factor orgánico que desencadena una serie de manifestaciones físicas; un factor mental consistente en la conciencia de estas manifestaciones que no son sino un desequilibrio, porque la emoción es el momento en que se rompe el equilibrio habitual del sujeto. En el acto ge-

nerador existe la ruptura del equilibrio órgano consciente que se restablece con el intercambio hormonal, que trae como consecuencia la fecundación y el nacimiento, siendo la generación el acto por el cual la vida se continúa a través de los tiempos.

SEGUNDA PARTE

A).—*Qué es la muerte.*

Después de hablar de la generación como acto continuador, perpetuador de la vida a través del tiempo y del espacio, hemos de hablar de su antítesis o sea la muerte, que es la destrucción lenta de los tejidos que constituyen los órganos que forman los aparatos del cuerpo humano.

La palabra muerte viene del latín "mortis", cesación o término de la vida.

Un individuo muere desde el momento en que la actividad del corazón se detiene de modo duradero.

La muerte es inevitable, aunque en la actualidad el hombre hace esfuerzos por prolongar los días de su vida a través de procedimientos y tratamientos científicos de la más variada especie, pero la muerte se sigue presentando como algo contra lo que no se puede luchar (tratándose de muerte natural).

La muerte no es otra cosa que el paro del corazón en un organismo agotado en el que no hay posible regeneración celular y sí una creciente disminución de las células.

El individuo muere desde el momento en que la respiración y la actividad del corazón se detienen en forma definitiva.

La muerte es prolongada por una serie de fenómenos que se denominan "agonía" y de la que trataremos posteriormente; ahora sólo nos ocuparemos de los que la constituyen y preceden.

La respiración cesa y los latidos cardíacos continúan en ocasiones durante algún tiempo; pero a pesar de esto hay vida en los organismos y esto se puede comprobar so-

bre todo a través de la excitación muscular, dos, tres o cuatro horas después de la muerte. Se ha hablado también del movimiento de las pestañas vibrátiles de los espermatozoides que puede observarse uno o dos días después de la muerte del paciente.

Entre los fenómenos que preceden a la muerte encontramos:

- 1.—Enfriamiento del cadáver.
- 2.—Formación de la hipóstasis.
- 3.—Rigidez cadavérica.

1º—Enfriamiento del cadáver: Se observa en la superficie y es sensible al tacto algunas horas después de muerto el sujeto. Hay algunos cadáveres que se enfrían más rápidamente que otros, en esto influyen las variaciones individuales, (constitución). Los cadáveres de los niños se enfrían más pronto que los de los adultos y los de las personas delgadas más rápidamente que las de constitución gruesa.

La idea de que la temperatura desciende después de la muerte hasta alcanzar la del medio ambiente, no siempre resulta real porque se ha comprobado según los trabajos de Wunderlich y otros, que en ciertos géneros de muerte, había elevación de temperatura antes y después de ésta; este fenómeno se ha observado sobre todo, en algunas enfermedades como el Cólera y el Tétanos que elevan la temperatura hasta 44 grados, manteniéndose así quince o veinte minutos después de la muerte; sin embargo un aumento semejante de temperatura puede observarse en la muerte por envenenamiento o por asfixia que pueden ir acompañadas de convulsiones. En otros casos no aumenta la temperatura sino que disminuye; esto acontece por ejemplo en la muerte por hemorragia o bien por sumersión, en cuyos casos la temperatura desciende algunos grados.

2º—Hipóstasis: Durante la agonía cambia la distribución de la sangre, como lo prueba el color pálido que toma la piel cambiando en parte por la parálisis de las fuerzas activas que mantienen la circulación. Este hecho que se

inicia en la agonía es más evidente después de la muerte y hace que la sangre caiga desde las partes superiores del cuerpo a las partes declives de donde resulta mayor palidez en las primeras y formación de hiperemia por hipóstasis en las segundas. Cuanta más sangre contiene el cadáver, más líquida es la sangre después de la muerte, más pronto se sobrevienen las livideces cadavéricas, pero, en un promedio general, las encontramos formadas a las dos o tres horas.

3°—Rigidez cadavérica: Un signo precursor de la muerte es la rigidez cadavérica. En los adultos comienza una o dos horas después de la muerte y se extiende paulatinamente a todo el cuerpo en las cuatro horas siguientes, es decir, comenzando por la parte posterior de la cabeza avanzando al tronco y miembros superiores y de allí a los inferiores. Con respecto a su duración podríamos afirmar que es menos en los músculos desarrollados y poco delgados, alcanzando más tiempo en los individuos bien desarrollados, o bien en sujetos que murieron ahogados, embriagados, o envenenados por Estricnina. Entre los fenómenos que también pueden considerarse como precursores de la muerte, podemos mencionar el cambio de aspecto de la piel. Encontramos algunas desecaciones que se desarrollan muy pronto bajo el contacto del aire y en las partes desprovistas de epidermis o húmedas que han estado comprimidas.

Otro fenómeno es la alteración de los ojos, consistente en que el órgano visual pierde tensión y brillantez, la córnea parece como cubierta de polvo, después se observan en la superficie arrugas muy pequeñas, la córnea se enturbia y pierde transparencia lentamente hasta que se vuelve opaca.

Cuando los párpados no se cierran por completo después de la muerte, comienzan a secarse los puntos que han estado más en contacto con el aire y entonces se forman en ambos lados de la córnea unas manchas de color amarillo y que algunos consideran como signo de muerte. El globo ocular disminuye de tamaño mientras que el cuerpo vítreo se torna líquido y las membranas se empapan de sangre.

Las experiencias vitales todas, van formando el bagaje de nuestra vida, aumentándolo poco a poco y haciendo que ella oscile entre el bien y el mal, la euforia y la melancolía, el placer y el desplacer; pero la muerte, la experiencia crítica y angustiosa que nos desvincula totalmente de este mundo de realizaciones, se presenta solamente una vez, y el hombre parece despreocuparse de este fenómeno en tanto que no lo ve próximo, sin darse cuenta de que la vida tiene una repercusión total en el momento de la muerte.

La muerte es un fenómeno que produce angustia. Esta angustia es ocasionada por la espera de algo desconocido; todo estado angustioso se representa por la espera y la impotencia ante "eso" que se espera. La angustia es una reacción al peligro, a "algo desconocido" que necesariamente tiene que venir. Cuando el sujeto muere al mundo sensorial, se aniquila, perdiendo lentamente su relación con el mundo, hasta extinguirse totalmente con el último movimiento cardíaco. Los fenómenos que continúan son los que se han denominado meta-agónicos y posteriormente viene la desintegración de la materia orgánica concluyendo así la vida.

B).—*¿Por qué morimos?*

La muerte es un fenómeno natural en el que el organismo parece naturalmente, es decir, la muerte no es motivada por enfermedades infecciosas, golpes, traumas que pueden producir la muerte repentina, sino que se llama muerte natural porque va precedida de la vejez y se debe a un agotamiento lento y continuo de las células que constituyen el organismo.

Existen algunas teorías como la de Naegeli que piensa "que los árboles a veces milenarios no mueren sino a consecuencia de causas exteriores" pero penetrando un poco en el problema, podemos observar tratándose de vegetales o bien de animales que sí se puede comprobar la muerte na-

tural ocasionada por un desgaste que motiva un retroceso vital y precipita al organismo a la senilidad y a la muerte. Se puede observar que hay algunos vegetales y animales que mueren en plena vitalidad y sin que se pueda encontrar en ellos degeneración alguna, ¿qué nos indica esto? Que es la muerte un fenómeno natural del que nos explicamos algunos factores que la integran pero otros son desconocidos todavía.

Se podría decir y sería sumamente fácil afirmar, que todos los organismos mueren por degeneración celular profunda, pero en el caso de la muerte rápida no puede considerarse motivada por una degeneración, sino más bien por factores exteriores del medio ambiente y es que la muerte llega a la materia viva de muy diversos modos. Para que la muerte natural se verifique, es necesaria la vejez o senectud.

La vejez o senectud consiste en la degeneración a partir de un determinado momento de la vida y que culmina en la extinción total. Es la extinción ocasionada por una serie de fenómenos que pueden considerarse como verdadera enfermedad, pero que integran el orden natural.

La degeneración es ocasionada por la incapacidad de regeneración de las células, que mueren ineludiblemente y donde las leyes naturales del nacer, crecer, reproducirse y morir se cumplen fatalmente. Así vista la muerte, es un fenómeno que precisa realizarse para el cumplimiento de un orden natural.

La muerte natural es un fenómeno bien conocido; el cuerpo aparece en decúbito dorsal con la cabeza ligeramente caída hacia atrás, existiendo como principales signos de muerte los siguientes:

- 1.—El debilitamiento de los movimientos respiratorios, la disminución de su frecuencia.
- 2.—La desaparición del pulso y la cesación de los movimientos del corazón a la auscultación algún tiempo después del último movimiento respiratorio "Cor ultimun moriens".

- 3.—La dilatación de la pupila que sigue a la violenta contracción que se opera en el momento en que se abaten los últimos latidos del corazón.

La muerte es una fuerza invencible que va despojando al hombre de sus energías para arrojarlo en la tumba.

Desde un punto de vista psicológico, morimos por una necesidad inherente a la naturaleza humana. El hombre anhela constantemente una vida mejor y en este sentido ¿Será la muerte la puerta que se abre a la verdadera vida, a la vida eterna? O bien, ¿La extinción total en la que no hay más que la desintegración de la materia? Sea en una forma o en otra, la muerte es necesaria tanto para el materialismo que afirma que no hay más allá de la muerte mas que la desintegración, presentándose ésta como una necesidad imperiosa para el organismo, que poco a poco se ha debilitado a través de la insuficiencia regenerativa de las células, como para la psicología tradicional que considera al hombre, según definición Aristotélica, como “un animal racional” (definición que atravesando los siglos, nos da en la actualidad la idea esencial del hombre), un compuesto de dos partes: la material y la espiritual; de aquí, nace una doble necesidad, pues la primera por su naturaleza debe desintegrarse, y la segunda, inmortal, necesita desvincularse de la materia constituyendo así la muerte.

La idea de la supervivencia viene de las épocas más antiguas, lo que nos demuestra que el hombre lleva innato en su naturaleza, ese anhelo de eternidad en antitética unión con esa angustia de aniquilamiento. (La idea de la supervivencia se verá adelante).

El hombre muere por una cualidad de su humanidad, ya que la muerte pertenece a la esencia de la vida.

TERCERA PARTE

EL PROCESO DE LA AGONIA

La agonía constituye la antesala de la muerte, y se denomina así porque es un combate, una lucha entre las

fuerzas vitales y las disolventes. Es el período que abarca los postreros instantes de la vida, caracterizándolos por una extinción gradual y progresiva de las funciones vitales. Es la última suprema resistencia que ponen el espíritu y el cuerpo al separarse.

En la agonía, el individuo cae en un estado de somnolencia, más o menos agitado. La agonía se presenta en todos los sujetos, excepto en aquellos que mueren instantáneamente por un paro rápido del corazón. Pero en todas las enfermedades, el individuo presenta agonía y ésta tiene una duración más o menos larga.

Los signos generales de la agonía son los siguientes:

- 1.—Huída de la inteligencia.
- 2.—Pérdida de percepciones.
- 3.—Pérdida o gran disminución de las sensaciones.
- 4.—Pérdida de la sensibilidad táctil.
- 5.—La visión se vuelve obtusa.

La pupila está contraída como en el sueño, y en el mismo estado los párpados entreabiertos; si algunos objetos son reproducidos en la retina, ya no causan excitación en el cerebro. Tanto el hombre dormido como el agónico, no son sensibles a esas imágenes, por eso se puede considerar la agonía como el sueño precursor de la muerte.

El cuadro sindrómico es bien conocido:

Los ojos ya entornados, ya muy abiertos, permanecen inmóviles; falta completamente el parpadeo lo mismo que el reflejo corneal y pupilar; la córnea está empañada y las pupilas dilatadas. Casi siempre la voz está del todo extinguida, el conocimiento y las sensaciones abolidas por completo. Sin embargo, a veces se presenta cierta lucidez mental y el enfermo se entrega a un lento silabeo.

El sujeto pierde toda relación sensorial con el mundo exterior conservándose relativamente el sentido auditivo, por lo que con frecuencia oye a veces lo que se dice en torno de él, aunque parezca insensible.

Unas veces va acompañada de fenómenos de excitación y reacción, y otras se instala sigilosamente y el enfermo entra como en un sueño durante el cual se extingue para siempre su individualidad.

Los fenómenos agónicos, se clasifican por su duración y algunos autores dicen que suelen extenderse hasta el período de descomposición cadavérica, admitiéndose una meta-agonía en cada uno de los miembros después que se ha extinguido la individualidad.

El período agónico tiene determinada duración según la enfermedad y las condiciones del sujeto agonizante.

Los signos particulares de la agonía son los siguientes:

- 1.—Inmovilidad y profunda alteración de las facciones.
- 2.—Sudor abundante.
- 3.—Debilidad visual.
- 4.—Aspecto empañado de la córnea.
- 5.—Afonía.
- 6.—Lividez y sequedad de la lengua.
- 7.—Debilidad e intermitencia del pulso.
- 8.—Estertor del que no parece darse cuenta el sujeto.
- 9.—Agotamiento general.
- 10.—Respiración agitada.

El agónico presenta un color mate, amarillento o azulado (según las enfermedades); los labios son grisáceos o ligeramente rosados. La agonía es unas veces tranquila y otras agitada; se presenta con convulsiones, temblores, gesticulaciones, algunas veces con desesperación; otras se presenta con una aparente tranquilidad exterior, pero en una forma o en otra, la agonía concluye necesariamente con la muerte.

La agonía que es prólogo de la muerte por la senectud, presenta características especiales; raras veces encontramos desesperación; aparece lenta y cautelosamente y va ha-

ciendo presa de sus características al viejo, que, impotente físicamente, presenta una menor resistencia a la separación del alma y del cuerpo. Siente angustia pero ésta no puede ser nunca comparada con la del joven o el hombre adulto; parece pensar que su fin se acerca y lo acepta con una resignación forzada pero sin lucha. Su agonía es apacible, por lo menos exteriormente, pero arrojándole al fin al seno de la tierra.

CAPITULO II

EL SENTIDO DE LA MUERTE. SU EVOLUCION A TRAVES DE LAS PRINCIPALES EPOCAS HISTICAS

PRIMERA PARTE

EPOCA ANTIGUA

A).—*Egipto.*

Dentro de la antigüedad encontramos tres pueblos cuya posición respecto de la muerte, es especialmente interesante.

El sentido de la muerte expresado a través del culto de los muertos, data de la existencia misma del hombre. La relación vital puede ser negativa o positiva y en consecuencia el hombre puede adoptar dos actitudes ante la muerte: la positiva, es decir, viviendo, teniendo en cuenta la muerte, o negativa, viviendo ajeno al pensamiento y existencia misma de la muerte. Es frente a estas dos posturas, que veremos la evolución del sentido de ella.

Egipto es un pueblo esencialmente místico; toda su vida se orienta en un sentido religioso y dentro de su religión, el núcleo está constituido por la muerte.

Los egipcios creían en la existencia de una alma, "o doble"; a la que denominaban "Ka". Este "doble", no moría mientras existiese un soporte material que le susten-

tase, naciendo de aquí la idea de embalsamar los cadáveres, que constituyó un verdadero ritual, comenzando en el momento de la muerte y terminando cuando la momia era colocada en la tumba.

El egipcio es un hombre que orienta su vida en el sentido místico y en relación positiva con la muerte. Se preocupa durante su vida de la construcción de su propia tumba y entonces su misticismo se revela en la arquitectura de las pirámides, que no son sino tumbas de faraones, construidas por ellos mismos en vida. Esto nos indica que su preocupación fundamental es la muerte, que no tenía entonces el sentido de destrucción total que encontramos posteriormente.

B).—*Grecia.*

En contraste con los egipcios, los griegos no constituían un pueblo místico, sino que vivían preocupados fundamentalmente por las cosas temporales. Su vida estaba regida por el pensamiento de "razón y armonía", de donde surgió el sentido estético y las corrientes filosóficas que le han dado un especial lugar en la historia de la cultura.

Los griegos poco hablan de una vida extraterrena y cuando lo hacen, es siempre en torno a una serie de leyendas y mitos que no se traducen en una doctrina que estructure la vida del pueblo helénico. Así, si hablan de una vida extraterrena, es porque el hombre lleva en su esencia misma la inmortalidad, pero no porque constituyese una preocupación vital para ellos.

En tanto que el pueblo egipcio orienta su vida hacia la muerte (y por esto parece más perfecto), el heleno vive una vida despreocupada casi totalmente y en una actitud negativa frente al problema de la muerte. Es por ello que se les consideran como los pueblos contrastes de la antigüedad.

La despreocupación de los griegos, fue llevada al extremo en Roma en la época de la decadencia imperial en la que no solamente no llevaban una vida religiosa, sino que ya no había ni los mitos, ni las supersticiones, ni las nor-

mas morales impuestas por la naturaleza al hombre. Roma se orientalizó, perdió la fuerza en su tradición, y se entregó a todo goce desordenado que había de concluir con la destrucción de la ciudad de Rómulo. Si los griegos fueron despreocupados, los romanos se fueron debilitando hasta llegar a la propia destrucción.

Así pues, encontramos tres pueblos: los egipcios místicos, los helenos más bien indiferentes y los romanos de la decadencia, adoptando una actitud francamente negativa respecto a la muerte.

C).—*Los Hebreos.*

Este pueblo tiene gran importancia y características especiales e introduce la idea de un Dios único, infinito; esa sola concepción que difiere bastante de los pueblos anteriores, hace que su vida se oriente en otra forma.

Surge la idea de un más allá que tiene ya bastante semejanza con la cristiana, porque nace la idea de adoptar la vida temporal en forma de merecer la eterna. Se comienza la jerarquización de los valores, el espíritu religioso vuelve al hombre con un sentido espiritual y * práctico y aparecen las normas morales que servirán de base al cristianismo.

El hebreo es el primer pueblo que orienta su vida hacia una concepción positiva del más allá; naciendo así un nuevo sentido de la vida y de la muerte, de la vida entendida como puerta de lo eterno.

El pueblo hebreo con su sentido religioso nuevo, difiere mucho de los pueblos politeístas y supersticiosos, porque tiene la idea de un Dios único e infinito y ordena su vida de acuerdo con una futura bienaventuranza que hay que merecer a través de la realización de actos buenos. Puede ser considerado este pueblo, como el puente entre los pueblos politeístas y supersticiosos y el cristianismo con un Dios único, Eterno y Perfecto.

* Entendiendo por práctico, el deber de practicar las normas morales, es decir, los actos de valor.

Si el hombre puede adoptar dos actitudes frente a la muerte, éste pueblo adopta una actitud positiva. Es aquí donde se gesta la concepción cristiana de la vida, como misión de la muerte, como trampolín para lanzarse a lo eterno y alcanzar a Dios.

El pueblo hebreo que norma su vida para un fin, constituye uno de los elementos que integrarán la cultura occidental, en la que encontramos como centro al Cristianismo, y la antinomia vida-muerte encuentra la solución perfecta.

SEGUNDA PARTE

EPOCA CRISTIANA

En la encrucijada del mundo antiguo y moderno encontramos a Jesucristo que hace cambiar las rutas históricas. Predica una doctrina nueva, se renueva la concepción del mundo, el hombre orienta su pensamiento en forma diferente, pues se coloca como centro de la vida a un Dios, y el mundo tórnase teocentrista. El Cristianismo norma la vida humana.

APOGEO DEL CRISTIANISMO

La Edad Media constituye una etapa que se diferencia enormemente de las anteriores de la Humanidad. Parece que durante ella, el rumbo cambia completamente para los hombres. Todo se debió a la influencia del Cristianismo y su fundador, que compenetraron la vida medioeval, no obstante la presencia de los elementos culturales de la antigüedad y de los pueblos bárbaros.

Cristo habló con un nuevo lenguaje y trazó un concepto diferente sobre la vida y la muerte, concepto que está muy alejado del afán mezquino del egipcio que trata de perpetuarse y para ello embalsama y construye colosales tumbas; de la concepción indiferente y frívola respecto de la muerte que tuvo el griego, o el miedo ante la misma

del romano, así como la idea hebráica que la concibe como un castigo.

Estas ideas son transformadas por la presencia de Cristo, cuya concepción sobre la muerte puede resumirse en estas palabras que brotaron de sus labios y que llegan a nosotros a través del Evangelio: "Si el grano de trigo no cae en la tierra y no muere, no dará fruto, si en cambio muere, dará mucho fruto".

El Cristianismo no sólo da un nuevo concepto sobre la vida, sino que también da un nuevo concepto sobre la muerte a la que no se ve como un castigo, sino que se le ve como necesaria para alcanzar la vida eterna.

La muerte es precisamente la condición indispensable para que la vida tenga fruto. Es la muerte la oportunidad que se nos da para alcanzar la vida eterna.

La obra misma de Cristo que culmina con la muerte al colgarse de una cruz, encaminó a la Humanidad hacia nuevos derroteros. La obra del Cristianismo se resume en la Cruz. El sacrificio es la única llave de la vida; el medio de alcanzar a quién es la Verdad y la Vida.

Esta concepción influye en la época en la que encontramos el apogeo del Cristianismo en todos los órdenes. El hombre de esta época, fue cristiano no obstante sus resabios de bárbaro, y tuvo su expresión más grande en las Cruzadas. No es el hombre que teme a la muerte por extinción total, ni el que la concibe como un castigo; sino aquel que concibe a la muerte como indispensable para la vida eterna; el hombre que animado por un gran espíritu de amor cristiano, vigoroso y juvenil, hace posible la realización de una de las empresas más grandiosas de la historia: "Las Cruzadas".

No se teme a la muerte, se la busca como un gran mérito, como un galardón, alcanzando así la mejor realización de su esencia. La muerte como principio, indispensable de eternidad.

TERCERA PARTE

EPOCA MODERNA

El sentido que la muerte tiene en esa época, es para nosotros de una gran importancia, porque en ella la sociedad presenta gran semejanza con la actual; los hombres inician las rutas que hoy se siguen, y obran impulsados por sentimientos análogos a los actuales.

Las ideas del Cristianismo tienen su influencia en la vida social e individual de los hombres; aquella humanidad que estaba dispuesta a formar una gran comunidad cristiana, se desvanece y un nuevo concepto substituye a las ideas del Cristianismo. Los sentimientos de amor, caridad y fraternidad, son suplantados por el concepto que de las cosas se forma la burguesía. El pensamiento burgués se basa en el individualismo y con ello vuelven las ideas hedonistas. Dentro de este marco, la muerte, vuelve a ser una desgracia fatal para el hombre que se ha trocado egoísta; vuelve a ser la importuna que trunca una vida concebida como éxito. No encontramos los valores del Cristianismo como directrices sociales. no es la muerte el principio de vida, la muerte es la fatalidad que corta la vida concebida como empresa de negocios, como disfrute de bienes económicos.

El hombre y la sociedad cambian su ruta olvidando la axiología cristiana (supremacía de los valores del espíritu), y con ella el concepto de la vida como misión; entronizando al dinero (valores económicos) y concibiendo la vida como éxito.

En estas circunstancias se ve a la muerte como a la entrometida que corta e impide el goce y el disfrute de los bienes económicos en especial.

La idea de lo eterno, de lo inmortal, se desvanece lentamente hasta llegar a la débil idea que de lo supraterráneo se tiene en nuestros días.

CAPITULO III

A).—*La angustia de la muerte.*

Consideremos la angustia desvinculada de la muerte. La significación etimológica es la siguiente: Angustia viene de "angor", angosto, estrecho. El sujeto se siente oprimido, triste, acobardado, rendido e incapaz de reaccionar.

La angustia puede ser motivada por dos factores:

1º—La pérdida.

2º—La espera.

En la pérdida encontramos la angustia como una reacción. Cuando la separación del objeto produce tristeza y dolor, sobreviene la angustia que hace presa al sujeto. Parecele a éste, que la luz que ha contemplado en su vida, de pronto se trocara triste, y todo lo que acontece cerca de él lo juzga a través de su propio estado; se conforma a veces con vivir el doloroso presente y el futuro lo ve incierto y obscuro pensando que nada bueno le deparará, que la vida no es más que dolor y que no hay necesidad de buscar alegrías, porque esta búsqueda le resulta inútil (no porque el sujeto esté incapacitado para gozar), sino porque aún el gozo le produce dolor.

El tratar de consolar al angustiado, de lo inútil de su angustia, no es sino provocarle una tortura que reaviva el origen de su estado haciéndolo más doloroso e intenso.

En la espera encontramos la angustia motivada por algo desconocido. Es la zozobra que produce un acontecimiento de realización cierta y de resultados dudosos, ya que pueden ser dolorosos e irreparables.

La angustia es una característica esencial de la muerte.

En la muerte existen diferentes estados angustiosos que se presentan en los diversos tipos de conciencia que sean dables.

La angustia es un fenómeno que radica en la conciencia del hombre y como ésta se satura de un conjunto de ideas y sentimientos diferentes en cada individuo, la angustia presenta diversas modalidades.

En un esfuerzo para encontrar tipos, vamos a intentar hacer una clasificación:

Desde luego estimamos que hay un tipo de angustia que en todos los sujetos psicológicos se presenta por estar ligada a los principios elementales del ser biológico y por esta razón le vamos a llamar angustia primaria o vital, que es la que se presenta en la conciencia del sujeto al experimentar la presencia de la muerte o sea la terminación de la vida física.

La existencia es el bien elemental, no obstante las torpes teorías de la eutanasia, que tratan de justificar la supresión de las vidas llenas de dolor, y cuando la presencia del no ser físico, aparece en la conciencia del sujeto, todo su ser es presa de terrible angustia.

Hombres que en su vida han sido serenos, heroicos ante el dolor, en el momento de la muerte revelan una angustia que los presenta como cobardes, pero que no es sino la manifestación de la lucha entre el ser y el no ser de su físico.

Fuera de ese tipo indicado, la angustia en la agonía está íntimamente relacionada con el problema moral humano o sea con la cuestión que plantea la antítesis axiológica del bien y del mal.

Teniendo en cuenta ello, consideramos como principales o típicos los siguientes estados angustiosos en la muerte:

- 1).—Estado angustioso de espera.
- 2).—Estado angustioso por omisión.
- 3).—Estado angustioso por realización.
- 4).—Estado angustioso por extinción total.

1.—El estado angustioso de espera, se inicia con ese sentimiento vago de temor a lo desconocido; con esa expectación que invade al hombre frente al problema de la muerte. El miedo en el momento de la muerte, es originado por la ignorancia del más allá. Desde el punto de vista experimental, el hombre se aferra a la vida porque representa lo conocido y en cambio la muerte para su experiencia, representa la más grande de las incógnitas y como tal, motiva lo que constituye la angustia.

La fe religiosa o el concepto que encierre un sistema filosófico, llenan de confianza y esperanza a los espíritus respecto del mundo que se abre después de la muerte, pero como la fe o la idea filosófica no pueden tener la fuerza de lo que se ha conocido a través de los sentidos, el hombre ante la muerte sufre el choque entre la esperanza y la desesperanza, la duda y la confianza, que forma el contenido del estado angustioso por espera.

2.—El estado angustioso por omisión, se presenta en sujetos cuya conciencia moral, se funda sobre los conceptos de bien y de mal ya sea que tengan un sentido religioso o sean producto de una moral natural que ha querido omitir el problema de la relación con la Divinidad. Frente a la muerte, este sujeto de conciencia moralista, sabe que su vida llega a una etapa final y que ya no será posible hacer nuevas obras o deshacer las pasadas. Es entonces cuando surge la responsabilidad de lo "no realizado". Es el mediocre, cuya vida es un tren de actos indiferentes, ni buenos ni malos pero en los que no ha habido el deseo de realizar el bien contra todo obstáculo, cuando se pudo haber realizado en aspectos hasta elementales.

La claridad de la conciencia en algunos moribundos, les permite plantearse con toda rudeza, el problema de la responsabilidad de la vida, y el resumen que arroje la inutilidad acarrea necesariamente la angustia. Porque si angustia el saber que se debe seguir una línea de conducta, y no se ha observado ésta, con mayor razón cuando esa reflexión surge en el momento en que es posible rehacer las cosas o cuando menos cambiar de modo para el futuro.

Lo irremediable que es la muerte en ese estado de ánimo, se traduce en la angustia y en la desesperación.

3.—Igual estado de ánimo es el del moribundo que teniendo conciencia de los valores morales cuyos extremos son el bien y el mal, al resumir su vida, sabiendo que ese resumen tiene la calidad de algo que se fija como un molde, para siempre, se encuentra con que arroja un saldo de realizaciones negativas, es decir, de obras malas.

El estado de conciencia de éste sujeto, se traduce en la angustia que provoca el conocimiento o concepción de la vida como una etapa de perfeccionamiento en la que la conducta valorativa positiva, constituye una obligación ineludible, que choca o se encuentra en contradicción con la manera como obró el sujeto, inclinándose siempre al mal, sea porque el bien traía consigo dificultades que no supo vencer, o porque en el fondo de toda acción mala, encontró el placer. Esta contradicción unida a la idea de lo irrevocable, de lo irreparable, trae consigo la angustia que puede tocar los límites de la desesperación. Este estado se revela fácilmente por las muecas, la inquietud, las contorsiones que sacuden el cuerpo, el extravío de la mirada, etc., todo lo cual nos da un cuadro muchas veces repetido en el trance supremo en el que se extingue para siempre la individualidad como realidad humana.

4.—El estado angustioso por extinción total, es el que se da en aquellos sujetos que con un concepto materialista de la vida, han alejado de sí toda idea de supervivencia y teniendo la certeza de que la muerte es el aniquilamiento total, la extinción real de la vida y después de la cual no habrá sino transformación de la materia, pero la individualidad habrá terminado para siempre.

El sujeto es víctima del estado angustioso motivado por pérdida, sólo que aquí el objeto de angustia es la pérdida del propio "Yo" y siente que su persona actuante, se va hundiendo irremediablemente en la nada y puede ser sobrecogido de una angustia indescriptible que puede orillar-lo a la desesperación. En este estado puede renegar de no haber tenido fe, de no haber creído en algo, de modo que no sintiera la aniquilación de su ser, el arrojarse a las pro-

fundidades de la no existencia. Estos sujetos no solamente actúan en una forma indiferente, sino que sienten odio, rabia contra la fe en la otra vida, contra la idea de la existencia de un más allá. A. Vogt creía probable que el cerebro de los apóstatas, ofrecía marcados caracteres simianos porque estos sujetos no se limitan sólo a creer que no haya otra vida, sino que les preocupa y duele que otros crean en ella, y esta situación es despreciable, revela un estrecho criterio, no sólo para juzgar las cosas personales, sino las de los demás, carecen del ansia de eternizarse, quedándose dentro de los límites de esta vida temporal y la muerte los sorprende dentro de esta limitación que consideran el fin absoluto, siendo presas de la desesperación más angustiosa.

La Historia ha recogido los hechos más sobresalientes en la muerte de algunos personajes. Algunos de ellos, hombres de contradicción de lucha en su conciencia, son por demás interesantes sobre el punto de vista de esas clasificaciones que hemos establecido en relación con la angustia que es el producto del choque de los datos de la conciencia.

El Emperador Juliano, último genial defensor de los valores del paganismo frente a la revolución cristiana, murió con la angustia del fracaso, atormentando su alma. La noche anterior había sufrido intensamente ante la gigantesca lucha que sostenía con los persas y que ya se perfilaba como un desastre. Los presagios le sobresaltan, en su fiebre, cree ver un fantasma que representa el decadente Imperio de Roma y una estrella rojiza descender, trazando un zurco luminoso y extinguirse antes de llegar al horizonte.

“Recogido en sí mismo, engólfase en los tétricos presentimientos que le asaltan. Se le escapa la gloria con que había soñado, desvanécense sus grandes proyectos, el pasado no le ofrece sino remordimientos y su porvenir es una tumba que le ultrajarán los bárbaros.”

Al iluminar el día, congrega a sus legiones y con uno de sus gestos, llenos de audacia e intuición, decide dar la batalla poniéndose al frente de sus ejércitos. Sin esperanza, pero como buscando un heroico suicidio, Juliano iba y venía entre los combatientes agitando su purpúreo manto cual

sacro estandarte. Repentinamente un dardo disparado por un soldado persa, se clava en el cuerpo del Emperador que cae en brazos de sus guardias. Tratan de reanimarle diciéndole: "La victoria nos es favorable", y Juliano, el perseguidor de los cristianos, en una frase condensa toda su angustia de fracasado: "¡Triunfar!" "No, no soy yo, sino el Galileo quien triunfará".

B).—*La euforia de la muerte.*

La euforia es el tipo clásico de un afecto colectivo, pocas veces el sujeto da muestras de gran alegría estando solo, generalmente este sentimiento eufórico se da en grupos, dentro de alguna colectividad, pero puede darse también en soledad y siempre será provocada por:

1).—Satisfacción.

2).—Seguridad de alcanzar el fin deseado.

En el primer caso el sujeto se propone una meta y con optimismo y alegría piensa que la alcanzará.

En la agonía encontramos no solamente los estados angustiosos, sino también los eufóricos que mencionaremos como lo hicimos anteriormente de acuerdo con la existencia en la conciencia de los valores fundamentales: bien y mal. El estado eufórico en la agonía, se presenta por antonomasia en el místico, porque en su conciencia existen los datos contrarios a los que produce la angustia. Frente a la muerte el místico espera lo que representa la satisfacción de todas sus ansias y la vida no puede significar sino el lastre que le aparta de la unión divina.

El místico es aquel, que colocando como única meta de su vida temporal y eterna a Dios, trata de unirse íntimamente a El. Es un poseo del deseo de identificarse plenamente con Dios, de unirse perennemente a El.

Este deseo, por lograr la identificación con Dios, se expresa de muy diversos modos según las religiones, pero en el fondo hay gran semejanza, ya que los místicos Budistas se adormecen en el nirvana volviendo su espíritu

sobre sí. El místico cristiano, tiene su pensamiento concentrado en Dios y su voluntad está anulada para otra cosa que no sea querer a Dios.

Para alcanzar el Nirvana, la renunciación es indispensable; todo deseo debe aniquilarse para que el espíritu concentrado en un sólo deseo, alcance su fin.

El místico cristiano para alcanzar a Dios, es necesario que renuncie a todo y que su voluntad se concentre exclusivamente en Dios.

Para los místicos, y en especial para los místicos cristianos, la muerte constituye un motivo de alegría porque se rompen las ataduras que unen al mundo temporal y se pueden unir definitivamente a Dios y no sólo hay alegría en el momento, sino un ardiente deseo de morir y así oímos cómo la mística española Teresa de Jesús dice: "No puede ya Dios mío, ésta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin vos la vienen, que si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se la déis vos. Querría ya esta alma verse libre; el comer le mata; el dormir le acongoja ve que pasa el tiempo en regalo y que nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece vive contra natura; pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos."

Estas expresiones plenas de amor, traducen el enorme deseo de ver a Dios, de identificarse plenamente y lo largo que se hace el trayecto para quien desea que pronto termine, ya que no hay otra aspiración que la de alcanzar lo Divino.

El místico trata de unirse a Dios y dentro de esta vida temporal lo logra en ocasiones a través del éxtasis, que no es sino un estado de exaltación amorosa vinculado a una anulación de la voluntad para todo lo que no sea Dios.

El Nirvana es un estado que ligeramente se semeja al del místico cristiano ya que en aquél, el sujeto muere para las cosas de la vida cotidiana y concentra su pensamiento sobre sí, en tanto que el místico cristiano siente una exaltación afectiva y un desbordamiento de amor hacia Dios.

Tanto el indostánico como el cristiano se desvinculan del mundo externo y concentran su pensamiento el uno sobre sí y el otro en Dios.

En el éxtasis el cuerpo parece nulo, impotente para obrar; las funciones vitales quedan anuladas o semidormidas, paralizadas las funciones psíquicas y concentrado el pensamiento en Dios.

El individuo estático logra desprenderse de las ataduras del tiempo, y mientras llega la muerte física, su exaltación amorosa, su desbordamiento afectivo, su hiperafectividad hacia Dios, le obligan a recurrir a la muerte parcial del éxtasis.

Roberto Novoa Santos ("El instinto de la muerte") dice, que. . . Todo intento de explicación del éxtasis místico y de los estados afines, ha de partir de la admisión de esta triada psicofisiológica:

1ª Abolición de la sensibilidad panestésica; es decir, bloqueo de las excitaciones afluentes de todas partes del cuerpo, incluso de las vísceras, en donde están dispersos numerosos organitos receptores de cuya excitación brota normalmente la vaga sensación que tenemos de nuestro propio cuerpo hasta el punto de que un hombre imaginario desprovisto de estos receptores propioceptivos, pero que consérvese abiertas las puertas de los sentidos externos que le ponen en comunicación con el mundo exterior, sufriría la ilusión de ser un espíritu sin cuerpo.

2ª Recogimiento de los sentidos externos, equivalentes en lenguaje psicológico a lo que se califica como anestesia psíquica. Abolido este manantial de sensaciones panestésicas, resta todavía el mundo de los recuerdos y el trabajo del pensamiento artístico, y

3ª Reducción del campo de la conciencia, que constituye una de las características de la psique-histeroide, de tal manera que a través del pequeño agujero estenóptico subsistente, el alma sólo puede vislumbrar la idea de Dios, o reflexionarse sobre sí misma". . .

Pero Novoa Santos no considera la exaltación afectiva que tiene el místico cristiano, exaltación amorosa, que juega un papel importantísimo en el éxtasis del místico cristiano, desbordamiento amoroso a través del cual, el sujeto recibe la gracia divina y se sumerge en éxtasis.

El éxtasis del místico cristiano no pudo reducirse a

simples causas naturales, constituyendo en sí un fenómeno sobrenatural, en el que intervienen varios factores que no pueden considerarse dentro de las causas naturales, como son: la exaltación amorosa, la Gracia Divina y en algunos casos la presencia estigmática, que ha sido comprobada por autoridades científicas especializadas.

Solamente para el místico cristiano que ha sublimado toda su vida y cuya meta es Dios, solamente para él, es el momento de la muerte el más feliz y una desbordante euforia nos lo indica, porque va a alcanzar por fin la vida eterna y es la muerte el puente único entre lo temporal y lo eterno, en donde se alcanzará a la perfección absoluta, que es Dios.

Teresa de Liseux, había comprendido que su vocación era el "amor". Se había ofrecido como víctima de amor a Dios implorando "el martirio del corazón y del cuerpo" y fue escuchada. "No satisfecha con cubrir con rosas las llagas del Crucificado, consiguió ocultar perfectamente los desgarramientos de su alma, las torturadoras penas del espíritu y los largos y vivos dolores de su última enfermedad, bajo el velo encantador de sus sonrisas, de su dulzura y de su alegría. Es decir, tuvo el divino pudor de la belleza en su martirio de amor". "¿Sufre mucho?" . . . le preguntaban las buenas religiosas. "Sí, pero, ¡lo he deseado tanto! . . . Todo sufrimiento me es dulce".

Pasaban los meses y el martirio era cada vez más torturador. "La marca del dolor, —cuenta una religiosa del monasterio— se elevaba cada vez más; la debilidad se hizo tan notable que la santa enferma, no podía hacer sola el menor movimiento. Oír hablar aún quedamente, le ocasionaba insoportable sufrimiento; la fiebre y la opresión no le permitían pronunciar ni una sola palabra sin suma fatiga. Pero ni aun en este estado, la sonrisa abandonó sus labios. Si una nube rozaba su frente, era la del temor de aumentar incomodidades a nuestras hermanas. Hasta la antevíspera de su muerte, quiso pasar la noche sin que nadie la velara, y la enfermera que no obstante sus instancias, se levantaba varias veces para atenderla, en una de sus visitas la encontró con las manos juntas y con los

ojos levantados hacia el cielo. —Pero ¿qué hace así?— le preguntó, —Debería procurar dormir.

—No puedo hermana mía, sufro mucho. Y entonces rezo.

—¿Y qué le dice a Jesús?

—No le digo nada. Yo le amo!

En julio de 1897 la muerte pareció inminente. Un joven sacerdote llegado de Liseux para celebrar piadosamente su primera misa en el Monasterio, tuvo la suerte de llevar el Viático a la pequeña gran Santa. Las buenas religiosas cubrieron con flores del campo y con rosas deshojadas el piso del claustro por donde debía pasar Jesús. El corazón de la enferma recibió a su Amado y quiso que Sor María de la Eucaristía, una religiosa cuya melodiosa voz tenía vibraciones celestiales —cantase:

Dadme mi ansiado bien, Dulce Señor;

.....morir de amor.

Algunos días después la pequeña víctima de Jesús empeoró y le fue administrada la Extremaunción.

Pero la muerte tardó todavía dos meses; sólo el 30 de septiembre de 1897, debía despuntar la aurora del día eterno.

En la mañana, Sor Teresa mirando una estatua de María, susurró: "El aire de la tierra me falta, ¿cómo podré respirar el del Cielo?"... Para después exclamar con todo el sufrimiento corporal de que era víctima, fijando sus ojos en un Crucifijo, exclamó:

"¡Oh! ¡Yo le amo!... ¡Oh, mi Señor!... Yo... te amo...!

Después se quedó viendo la imagen de María por un rato y más tarde su alma feliz voló a los cielos".

Todas estas expresiones nos demuestran que el momento de la muerte va rodeado en el místico cristiano de una verdadera alegría ya que es el momento en el que va a penetrar en la eternidad y lo desea con verdadera euforia.

Así se explica la frase de San Francisco de Asís en el momento de su muerte:

"...Bienvenida sea la hermana muerte".

CAPITULO IV

LA ANGUSTIA DE LA MUERTE Y EL TEMPERAMENTO

Existen múltiples clasificaciones sobre el temperamento, desde la antigua de Hipócrates hasta la intrincada clasificación psiquiátrica actual.

Algunos autores se basan en características psíquicas (Freud, Adler, Jung, etc.), y otros en constitucionales (Medidas antropométricas, secreciones endócrinas, etc.), dando origen a verdaderas escuelas biotipológicas, que a continuación se mencionan con sus principales representantes:

ESCUELA ITALIANA.—De Giovanni (1838-1916).

Viola.
Pende.
Castaldi.
Nacarati.
Mario Bárbara.

ESCUELA FRANCESA.—

Claudio Sagaud (1908).
Chaillon y Mac Auliffe (1902).
Manouvrier.

ESCUELA ALEMANA.—

Kreschmer (1921).
Von Vrugsk.
Wedenreich.
Stiller.

Stockard.

Bennet-Bean

Hay autores que se basan en la craneometría para establecer la biotipología (Noel, De Hallé, etc.); otros en la cardiometría (Von Beneke-1878); algunos en el metabolismo basal (Dubois), otros en el equilibrio constitucional "ácido-básico" (Marañón y Pende) y algunos más en la constitución neurovegetativa, secreciones endócrinas, etc.

Entre los principales autores que se basan en las características psíquicas, encontramos a Pierre Janet que se dedica al estudio de los casos patológicos, creando así su teoría de la disociación. Freud, autor de "La lucha entre el líbido y el ego" que ha sido muy discutido, creó su clasificación desde un punto de vista sexual. Adler, con el sentimiento de poderío y Jung dividiendo a la humanidad en dos tipos fundamentales: introvertidos y extrvertidos.

Si consideramos al individuo, sea a través de su constitución física o de su constitución psíquica, existen siempre dos tipos fundamentales: bradipsíquicos y taquipsíquicos; simpaticotónicos y vagotónicos; esquizotímicos y ciclotímicos; introvertidos y extrvertidos, y las múltiples combinaciones que entre sí se pueden hacer.

Al establecer relaciones entre el temperamento y la angustia de la muerte, encontramos lo siguiente:

Siendo el esquizotímico un sujeto especialmente introvertido, lleva en su constitución orgánica un predominio del vago, que es el centro nervioso inhibitor de funciones, por lo que se le denomina como un vagotónico.

Al presentarse la muerte, el sujeto la recibe en forma tranquila y hasta con cierta serenidad: es un sujeto cuya afectividad puede ser controlada y que en el momento crítico de la partida, fácilmente se desprende de las cosas, su agonía es calmada, se podría afirmar que carece de angustia. Es el sujeto que ha contemplado el acaecer cotidiano con serenidad, y así se comporta en este momento crítico con una clara lucidez mental; es el sujeto que dicta su última

voluntad con firmeza, que trata que los familiares vean en la partida una cosa natural, (no debemos perder de vista que este momento tiene estrecha relación con la vida integral del sujeto).

Siempre el esquizoide presenta una agonía más tranquila que el cicloide; su vida está regida por la inhibición y si no hubo grandes relieves, tampoco existieron abismos, siempre tuvo un gran control que le daba la serenidad que conserva cuando se va a extinguir para siempre su individualidad.

Contrastando con el esquizoide o introvertido, encontramos al cicloide o extravertido, con un predominio del simpático, que es el centro excitador de funciones.

El cicloide, de aquí su nombre, presenta un modo de reaccionar cíclico. Presenta períodos de excitación y períodos de depresión pudiendo existir predominio de alguno, casi siempre existe el predominio del período de excitación.

Tanto el esquizoide que presenta un predominio del vago, como el cicloide que lo presenta del simpático, están sujetos al régimen del vago y del simpático, que se efectúa en la forma siguiente:

Régimen vago (normal) de las 23 hs. a las 11 hs., alcanzando su máximo a las dos de la mañana.

Régimen simpático tonal, de las 11 hs. a las 23 hs. alcanzando su máximo a las 16 hs. Este ciclo puede presentar alteraciones.

Si existe un predominio del vago, se denomina hipervagotonía y si es del simpático, hipersimpaticotonía.

Cuando existen alteraciones que no se presentan cíclicamente, nos encontramos frente a las distonías que son provocadas casi siempre por alteraciones en el régimen de la vida diaria. Todos estos factores deben tenerse en cuenta al establecer la relación del temperamento con la angustia mortal.

La muerte siempre tiene para el cicloide un cuadro angustioso, pero, si el sujeto se encuentra en estado eufórico, la angustia será menos intensa. Si se encuentra en estado depresivo, entonces llega fácilmente la ansiedad y de ahí la desesperación.

Encontramos otras diferencias fundamentales en la angustia agónica en relación con los temperamentos a más de las mencionadas.

La vida volitiva del ciclotímico parece encausarse exclusivamente hacia la vida; su tendencia a existir materialmente es muy marcada, esto hace que la angustia sea más profunda y que el sujeto se debata en ella más tiempo.

Parece que el extravertido al aferrarse a la vida, se empeñase en hacer más ansiosa y larga su agonía alcanzando fácilmente los estados estuporosos a los que difícilmente llega el esquizotímico.

La vida volitiva del esquizotímico o introvertido, no se opone a la agonía, antes bien, la facilita haciéndola menos angustiosa y más breve.

Así encontramos que la muerte tiene como prólogo indispensable, la angustia vivida más o menos intensamente según el temperamento.

Los temperamentos que se han considerado, son clásicos, existiendo tantas formas angustiosas como combinaciones temperamentales existen, y como se haya realizado la personalidad. (Cap. anterior).

CAPITULO QUINTO

Según la Escuela Aristotélica, en la naturaleza humana se encuentran los siguientes elementos que enumeramos en un orden ascendente:

- 1.—El cuerpo de los vivientes.
- 2.—Las operaciones de los vivientes.
- 3.—El principio de la vida.

1.—En el cuerpo de los vivientes se integra la totalidad del viviente, ya que el cuerpo es el cimiento sobre el cual se estructura la personalidad.

2.—Las operaciones de los vivientes, es decir, las actividades que manifiesta el ser de los vivientes, en el caso del hombre son: vegetativa, sensitiva e intelectual. El modo de ser traduce la naturaleza del ser. Las operaciones siguen al ser.

3.—El principio de vida o "ánima" es el acto primero del cuerpo físico orgánico en potencia para la vida "*actus primus corporis physici organici potentia vitam habentis*", es el acto por el cual el viviente es tal y sin él, no sería viviente; es el principio que actúa al viviente de su ser. En el hombre encontramos estas tres partes, 2 de ellas perteneciendo a la parte física y a la otra que en su existencia es independiente, no así en sus operaciones para las que requiere del cuerpo.

Las cosas todas en el orden natural no valen por sí, sino por el fin que en la naturaleza realizan o hacia el cual es-

tán destinadas, y el hombre no vale en cuanto tal (temporalidad) sino que vale por su fin (eternidad).

En la muerte encontramos una desvinculación del "ánima" y lo "físico"; ya no hay movimiento vital, existe una disociación rápida y definitiva y así los elementos realizan su propia esencia desvinculándose mutuamente.

La materia se corrompe y destruye porque la esencia es el cambio continuo, en tanto que la "psique" del hombre, realiza también la suya que es el existir perenne.

La muerte surge como una necesidad para la continuación del todo armónico natural. La realidad ontológica del ser, exige la muerte para realizarse plenamente.

La muerte es la separación de dos mundos: el objetivo, el material, que palpamos con los ojos del cuerpo y a través de los sentidos, y aquél que solamente incluimos y sentimos en las proximidades de nuestro yo, "el espíritu".

El hombre en cuanto existe lo hace como tal, en virtud de esa unión aristotélica de alma y cuerpo; el nacimiento hace pasar al ser de la potencia a la existencia contingente, en tanto que la muerte hace pasar al hombre del ser temporal a la eternidad, del ser contingente a la contemplación del "Ser" necesario.

Muchos han dicho que el hombre es un ser para la muerte, pero sería más justo decir que el hombre es un ser para la eternidad.

El hombre cuando ha llegado a la plenitud de su existencia, es cuando comienza a sentir la proximidad de la muerte y su ser se conmueve ante la contemplación de la muerte de algún prójimo, es cuando surge la idea del fin de la existencia temporal y entonces el hombre se da cuenta de la contingencia de su naturaleza. Parece que ésta necesariamente tiende hacia la destrucción, regresa a su primitiva infirmitad, ya no es capaz de actualizar la vida paralelamente al "ánima" y es incapaz de mantener el equilibrio vital. La materia o los elementos físicos retornan a su seno, hundiéndose en el cosmos.

El hombre se da cuenta de su ser temporal, contingente y finito.

Es la muerte la guillotina inevitable que cercena el "ánima" del "cuerpo" abandonando a estos elementos para

que separadamente realicen su esencia; la materia el cambio continuo y el espíritu la inmortalidad.

El hombre como todo ser, viene al mundo en potencia para desarrollarse y cuando más ha tratado de alcanzar la perfección, es decir, cuanto más se ha realizado tanto menos teme a la muerte.

El hombre que ha cumplido con las tajantes leyes que rigen el decurso vital, nacer, crecer y reproducirse teme menos a la muerte, su temor es menor al dejar de ser (en el tiempo), pues siente que por medio de sus hijos se ha prolongado en el tiempo y la idea de aniquilamiento y destrucción le preocupa menos. La plenitud de la vida en todos los órdenes casi suprime el temor a la muerte.

La vida toda se ordena siempre hacia el "ser", el "existir", es una constante huida ante la nada. El horror por la muerte no es por ella en sí, sino por el temor de dejar de ser. El instinto de conservación no es sino una identificación con el ansia de ser.

El hombre que lleva en su ser la inquietud y el afán de trascender, lo logra cuando deja de existir en el espacio. El hombre como ser contingente, exige para la realización de su inmortalidad un ser necesario; quiere afirmarse en el "Ser", en lo eterno. Razón tenía San Agustín cuando decía: "Feciste nos ad te, et inquietum cor nostrum, donec requiescat in te". (Nos creaste para Tí y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Tí).

Está enraizada en el hombre la idea de una felicidad perenne, nunca el hombre está satisfecho, es portador de un anhelo nunca alcanzado; se traza metas y una vez superadas, nuevos fines persigue y nunca se satisface, víctima de un afán trascendente no descansa hasta encontrar a Dios y la muerte es el único camino para la afirmación de su ser.

Respecto de esta inquietud humana, el Dr. Robles, en su libro "Propedéutica filosófica" afirma que sigue dos direcciones: "En primer lugar traduce la limitación potencial" "de la existencia humana, la aspiración a realizar la plenitud actual de los constitutivos potenciales del hombre," "de sus tendencias intrínsecas jerárquicas. En segundo lugar, es un anhelo de aniquilar la individualidad, de tras-

“cender las restricciones, de romper las cadenas del espacio”
“y del tiempo, que vienen siendo como los signos del ge-”
“mir: de poseer los bienes que no acaban; de surgir al”
“gozo puramente espiritual de la contemplación de Dios;”
“de afirmarse en lo eterno y de perfilarse en la perspec-”
“tiva de la supervivencia y del amor”.

Concluye posteriormente:

...“el contenido primordial y supremo de mi inquietud existencial es Dios, actualidad pura, perfección absoluta... (Capítulo V, Págs. 178-180).

La “materia” según Aristóteles, no es lo que en física se llama Materia; materia es “con lo que está hecho algo”.

La “forma”, es aquello que hace que una cosa sea lo que es. Aplicando esta dualidad al hombre, podemos afirmar, que él no es tal por la “materia” o por la “forma”, sino por ambas; sin embargo la “forma” es lo que da a las cosas su fin, su sentido. El fin del hombre, en cuanto tal, se encuentra en su plena realización.

La vida del hombre tiende siempre a realizarse, a perfeccionarse, es que incita en su naturaleza, lleva el anhelo de alcanzar a la Suma Perfección, de abandonar su contingencia para alcanzar al ser necesario, de abandonar la temporalidad para alcanzar la eternidad y marcha en un futuro siempre actual hacia ella.

I N D I C E

Pág.

Palabras preliminares. 7

CAPÍTULO PRIMERO

Fundamentos biológicos de la muerte y el proceso de la agonía. . . 9

CAPÍTULO II

El sentido de la muerte. Su evolución a través de las principales épocas históricas. 27

CAPÍTULO III

Angustia y euforia de la muerte. 33

CAPÍTULO IV

La angustia de la muerte y el temperamento. 43

CAPÍTULO V

Conclusiones. 47